

Fantasmas de humo...

Dos mujeres charlaban animadamente, despatarradas muy cómodas en unas desvencijadas sillas. Una era delgada, nerviosa, muy adicta al tabaco y la otra, no por ahora. Pero ambas, con una misma opinión: - *Antes a mí el humo me molestaba, pero ahora ¿Cómo te explico? ¡Cómo que los pulmones se te acostumbraron! Es mucho mejor, ¿Viste?...* - Y fumaban durante toda la mañana. Durante todo el día. O durante todo el mes.

O todo el año, hasta de vacaciones, cuando cada una seguía su camino del descanso, pues mientras la mitad del pasaje dormitaba, la otra mitad, fumaba. Una fumadora activa, la otra, pasiva. Todo el año. Siempre.

Un hombre de mediana edad, permanecía sentado en la misma sala antigua que las otras dos mujeres. También vegetaba, despatarrando su señorial figura en una silla ancha y luciendo su prominente abdomen, mientras fumaba tranquilo su segunda pipa de tabaco. Sus gruesos dedos de colores metálicos y veloces, tamborileaban a un ritmo rápido, bajo la parte inferior del asiento de madera. Sus labios y su nariz, escupían humo por debajo de los vidrios polarizados de sus gruesos anteojos. Dormitaba unos pocos segundos y soñaba que estaba en el medio del campo, entre gramíneas y florecillas, respirando el agreste aire puro. Y luego despertaba, sobresaltado ante semejante pesadilla y aspiraba el denso humo de su pipa, volviendo a sentirse alegre y con vida. Renacer, anhelando el aire vacío y putrefacto de las fumarolas, fumatas y gases de la combustión impía.

Era la sala entera una enorme hoguera de humo, que presidía omnipresente y omnipotente la atiborrada reunión. Una hoguera que no quemaba como el fuego y que no maltrataba, con quemaduras ardientes. Era una hoguera que adormecía con sus vapores maléficos. Era el éter impiadoso del tabaco, con su prana vital recargado de la muerte y del dolor, perfumado con alientos de asfixiados. El Bueno y el Mal tabaco se quemaban juntos, flotando relajados en el aire de la sala, tejiendo una espesa tela de humo blanco grisáceo que bailaba lento entre los presentes a los que solo se les adivinaba la figura.

Un viejo veterano de edad indescifrable, dormitaba solo en su rincón. Llevaba diez cigarrillos fumados en las últimas dos horas de la mañana y ni siquiera pensaba en detenerse. En la asociación libre de sus pensamientos sin frenos ni control, solo pensaba en el tabaco. Deberían de existir los kioscos ambulantes. ¿Dónde se conseguirá actualmente el tabaco sello azul? - *Solo deberían venderlo entre bocanadas, cafés y blues del under más under* – pensaba, mientras se rascaba con ímpetu su cabeza... Y a cada rato se sumaban más y más chimeneas. Y las chimeneas obedientes, escupían y escupían su humo gris...

- *¡Son unos viciosos...!* - sentenció para sus adentros, una vieja y sabia señora. Y se marchó taciturna, con las manos en sus bolsillos, encogiéndose de hombros - *¿Hará falta ser demasiado imbécil, para poder fumar así?*

Nunca se sabrá cuándo se principia a caer en esa rutina corrompida de fumar tabacos. ¿Será cuándo se enciende el primer cigarro? ¿O cuando se piensa que resulta



arrogante y bello, ponerse un tubito largo entre los labios para verse mejor? Y las chimeneas se reproducen, multiplican, cada vez más y más, dentro de la enorme sala antigua. Van llegando, convocadas por los Dioses del incendio y de los humos. Son altísimas, resoplantes, de cuyas bocas se escapa el blancuzco humo, maloliente y denso. Si hasta pareciese que ya no quedase un niño o una niña cándida, que sueñen con la ventera pura en que dormitan y vuelan los ángeles alados. O pareciera que todos naciesen sin las ansias de cuidar al aire natural y límpido. ¿Cuándo empezaran a sembrar café en vez de plantas de tabaco?

Un muchacho casi imberbe, llegó tarde hasta la sala antigua. Nadie sabía si era él, quien fumaba al cigarrillo, o si era exactamente al revés. Él lo miraba agradecido al alargado canuto de hojas marrones y blanco papel, pues lo había acompañado durante sus interminables horas de estudio, dormitando sobre las hojas de sus libros, aunque las viejas se quejaban de que llenaba todo de ceniza y de humo - *¡Por favor! ¡Nada se puede comparar con el aletear del humo allá, en las alturas; o con el entregarse al canto primitivo, que ahuma mis palabras en el gas sedoso del tabaco consumido!* – Imposible hablarle a ese joven, ahora que lo asfixiaba la ciudad y que le dormitaba su sangre.

“Hoy nos unen como puentes casi imperceptibles, las volutas del humo a merced de los caprichosos vientos” les dice una voz sin palabras, en un eco retumbante. Y algo espectral se retuerce en espirales, alrededor de cada cuerpo. - *¿Qué era eso?* – se preguntaba asustada una fantasma, celosa de no ser la única. Eso era ese humo, que sale con el alba, que juega con la amanecida, que tapa a la luna clara, que brilla aun cuando el sol dormita y que sale caprichoso a cualquier hora, cual si fuese un dios maligno que todo lo domina.

El humo del tabaco en su sereno vuelo, se ríe del batir de las alas de los pájaros. El humo del tabaco en su fragancia perdurable, se ríe del perfume fugaz de las pequeñas flores. El humo del tabaco al impregnarlo todo con su patina de viejo, se ríe del lánguido paso del tiempo por las cosas. Se ríe y se ríe. De mí, de ti, de él, de nosotros, de vosotros y de ellos...

El humo del tabaco se introduce invasor por los agujeros de la boca, la nariz y la garganta. Se zambulle en un clavado perfecto hasta lo más profundo de cada pulmón. Y luego nada y nada, en el imparable río rojo de la vida. Hasta que cansado de navegar sin rumbo, opta por bajarse en cada playa de la inmensa geografía humana. Y allí destruye. Demuele. Daña. Desmorona. Desmantela. Devasta. Arruina. Aniquila. Todo lo que puede... y algo más.

El humo del tabaco es el dinero de los pobres y los ricos, consumido por el fuego. El humo del tabaco es el karma, que porta en sus partículas a más de cuatro mil venenos diferentes. El humo del tabaco es el corcel alado del quinto jinete del Apocalipsis, arreando hordas de esclavos de entre los pobres mortales y de los cuales solo uno de cada diez, logra escapar.

Pero... ¿Qué clase de reunión es esta, que nos empecinamos en describir hasta el hartazgo en sus detalles? ¿Acaso se trata de una reunión de brujas y de brujos? ¿Acaso son parias drogadictos en una reunión secreta del Averno? ¿Acaso son fantasmas, moviéndose entre las fumarolas y humaredas del cráter de un volcán? ¿Acaso se trata del juego demoníaco y medieval de un aquelarre rebelde?

No. Para nada. No se trata de eso. En absoluto. Gracias a Dios, por fin, se aclara que es esta humeante y misteriosa reunión, cuando ingresa a la concurrida sala antigua, un hombre anciano y de estatura mediana, luciendo un impecable guardapolvo blanco. Se calza sus gruesos anteojos de carey y en voz muy grave anuncia – *Buenos días, señores. Damos inicio al Ateneo Central de Medicina del Hospital General.*

fin